

*Una tranquera floja, un monte espeso,
el girar perezoso de un molino,
la charla familiar de algún vecino
¿no valen algo más que todo eso?*

*Se ahogaban en la esquina algunas flores,
a formidables tajos de colores
abriase el asfalto humedecido*

*como esbozando trágica sonrisa...
¡Quién va a fijarse en mí, si hay tanta prisa!
¡Quién va a escuchar mi voz, si hay tanto ruido!²⁷.*

Y, sin embargo, el yo se constituye en tanto nombra y procura identificarse, mimetizarse, con aquello que nombra. Así lo demuestra el poema «Compenetración»:

*¡Tengo el cerebro cuadriculado
como tus calles oh Buenos Aires!
En mi cerebro no hay callejuelas,
el sol alumbra, circula el aire.*

*Si me preguntan por qué mis versos
son tan precisos, tan regulares,
yo diré a todos que aprendí a hacerlos
sobre la geometría de tus calles²⁸.*

Reconocida esta identificación, todo espacio ideal ciudad encantada, castillo luminoso, camino rústico— es inconcebible o fantástico, es decir, manifiestamente irreal ante el *spleen* del poeta caminante:

*Aunque tuvieras, poeta,
un castillo en una cumbre,
un salón lleno de lumbre
y un gran sillón de vaqueta;
al llegar la noche quieta,
sobre mi hastío de pie,
me diría: bueno, ¿y qué?
Y componiéndome el talle
me largaría a la calle,
a la calle y al Café²⁹.*

La multitud es un rumor. La soledad que busca el poeta es el reverso del rumor multitudinario: el *flâneur* aspira a la soledad porque sólo así puede recuperar su yo, enajenado en la muchedumbre. El horror que la multitud suscita es el de la dispersión del yo: el espejo de la identidad entre desconocidos y la pérdida de la voz en el ruido: «(...)

²⁷ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Sonetos*, Buenos Aires, 1929, pp. 25-26.

²⁸ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Nuevos poemas*, Buenos Aires, 1921. p. 9.

²⁹ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Décimas*, ed. cit., p. 30.

(...) *dispersión, ruido,
anonadamiento...*

*Pesa de nuevo la ciudad enorme
sobre la débil tabla de mi pecho*³⁰.

Horror a la indeterminación. En tanto nombre la ciudad, excre la multitud y se aparte hasta el fin de la noche, recogién dose en el café o en la casa —zonas íntimas— el yo tendrá corporeidad. Pero si la caminata es la condición del poetizar ¿cómo preservar esa identidad entre la muchedumbre? La experiencia de la multitud comporta para el poeta caminante el primer indicio de la disolución del yo, la volatización de la imagen del poeta hasta ser una voz, que afianzará y extremará la poesía de vanguardia³¹. Leamos el poema «A mi amigo Enrique»:

*La calle, amigo mío, es mágica sirena
que tiene luz, perfume y un misterioso canto.
Vagando por las calles uno olvida su pena...
¡Yo te lo digo que he vagado tanto!*

*Uno va por las calles entre el mar de la gente;
casi ni la molestia tienes de caminar...
Eres como una hojita, pequeña e indiferente
que vuela o se está quieta, como quiera ese mar.*

*Y al fin todas las cosas las ves como soñando;
coches, escaparates, hombres ásperos y mujeres de seda,
todo en un torbellino pasa como rodando...
Y es éste el gran peligro de estar siempre vagando,
el llegar a ser esto: otra cosa que rueda...³².*

El rechazo del *flaneur* respecto de los hombres de negocios se encarna, en la poesía de Fernández Moreno, como desprecio a los burgueses. Esto puede apreciarse en el poema «Burgueses»:

*En el comedor alegre
una mariposa entró.
Todos quieren atraparla,
uno al fin, lo consiguió.*

*La pasan de mano en mano,
cada cual da su opinión,
que bueno o malo, un augurio
Dios en sus alas pintó.*

³⁰ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Nuevos poemas*, ed. cit., p. 30.

³¹ Cfr. WALTER MIGNOLO, «La figura del poeta en la lírica de vanguardia», en *Revista Iberoamericana*, Instituto de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Pittsburgh, vol. XLVIII, n° 118-119, enero-junio 1982, pp. 131-148.

³² BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Ciudad*, ed. cit., p. 137.

*Cuando la mariposita
escapó del comedor
ni el recuerdo les quedaba
de sus alas de color.*

*Pero todas las mandíbulas
masticaban con fruición*³³.

Sólo el poeta, no los burgueses, puede recordar; sólo el poeta vive un *presente en trascendencia* en tanto verbalice ese presente después, como pretérito *recordado*, en el *presente absoluto* de la escritura poética. Pero la presunta negación a los burgueses no es más que la velada afirmación de un orden. Este rechazo es, también, constitutivo del yo poético como oposición, por cuanto el modelo de poeta que construyen los textos de Fernández Moreno sólo es concebible en el marco de una burguesía. Allí el poeta caminante tiene un lugar que, en sentido estricto, no transgrede. Un tácito contrato le otorga un rol y un sitio peculiares. En sus memorias, Fernández Moreno señala el momento en que el yo poético se constituye a partir de una circunstancia biográfica: el rechazo de la profesión de médico por la de poeta. Este intercambio es sintomático de una función. La aceptación de la gracia poética ocurre en el momento en que el «médico» abandona al «poeta». En el «Romance a mis chapas de médico» esta mutación es manifiesta:

(...)
*¡Y qué abandono, después,
y qué olvido, chapas, luego,
cuando empezaron a abrirse
entre níqueles y espejos,
poemas en mis recetas,
hongos en mis instrumentos!
¡Y qué lágrimas corrían
por vuestros rostros severos,
al verme venir al alba,
cansado y medio desbecho!
Y no de consultas graves
con colegas estafermos
sino de botillerías,
redacciones y ateneos
o de un simple divagar
de amigotes y luceros,
discutiendo como locos
escuelas, libros y versos*³⁴.

El yo poético se erige en el reverso del trabajo, de la acumulación y de la riqueza. Pero, finalmente, el poeta caminante *es* un poeta burgués, que se extravía y aparta para corroborar mejor un orden. En el poema «A un señor muy rico para que nos regale una casa» se lee:

³³ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Mil novecientos veintidós*, Buenos Aires, 1922, pp. 57-58.

³⁴ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Yo médico. Yo catedrático*, Buenos Aires, 1941, pp. 64-65.

(...)
Señor: en el divino orden del universo
mi corazón, mis labios, se mueven para el verso,
tú para amontonar la riqueza sin tasa...
Yo te daré mi música a cambio de tu casa³⁵.

Por otra parte, en *La mariposa y la viga* se lee este aforismo: «Muchos poetas aspiramos a la serenidad, es decir, a un poco de dinero»³⁶. Si la poesía se escribe en el recogimiento, la secreta aspiración del poeta de las afueras es regresar siempre al tibio hogar burgués. Esto se advierte en el poema «Mimos»:

Vengo de la calle,
de la noche fría,
llévame a mi cuarto
sé mi madrecita.

Quítame la ropa,
dóblala en la silla,
méteme en la cama,
muero de fatiga.

Súbeme el embozo,
luego me persigna,
cuéntame una historia
tu mano en la mía...

Bésame la frente,
corre las cortinas,
apaga la lámpara,
vete de puntillas...³⁷.

Parafraseando al Pavese de *lavorare stanca*, podríamos afirmar que en Fernández Moreno el poetizar es una aventura fatigosa. Si al extravío callejero correspondía una estancia en el café, el hogar familiar será el íntimo recogimiento definitivo. Esto se lee en el poema «Cansancio»:

Quitar las hojas secas a mis plantas,
tomar la pluma y escribir dos versos,
besar tus labios, sonreír al hijo...
No tengo fuerzas para más, ni quiero³⁸.

Conviene citar ahora un párrafo de Gaston Bachelard que nos permitirá una interpolación:

³⁵ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *Versos de Negrita*, Buenos Aires, 1920, p. 40.

³⁶ *Op. cit.*, p. 60.

³⁷ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *El hogar en el campo*, Buenos Aires, 1923, pp. 49-50.

³⁸ BALDOMERO FERNANDEZ MORENO, *El hijo*, Buenos Aires, 1926, p. 38.